

LO QUE NO SABEMOS DE LA VIDA PARROQUIAL

Todos recordamos aquel domingo en que a la entrada de la iglesia se nos entregaba una tarjeta con cupones numerados. Después del Evangelio, los fuimos recortando en respuesta correlativa a unas preguntas que se nos dirigían desde el altar mayor.

Es probable que más de uno quedáramos intrigados ante tan inusitado proceder. Pues



R. P. Aparicio

bien, con el fin de poner en claro el «porqué» y «para qué» de aquello que parecía un juego inocente, aunque de tal nada tenía, entrevistamos al P. Aparicio.

El P. Aparicio, sacerdote joven y estudioso, inquieto y con un no sé qué en su mirada de pesadumbre —oculta tras su sonrisa—, con aire universitario, tan original en sus maneras de decir, tan paisano entre los paisanos, tan cerca del hombre de la calle, es el autor del proyecto y encargado de elaborar una especie de radiografía de la vida parroquial con los datos acumulados aquel día.

—*Dígame, Padre Aparicio, ¿se trató en aquel entonces de sorprender la buena fe de los feligreses? ¿Por qué y para qué se obró de tal manera?*

—Precisamente, amigo Carmelo, las flechas iban lanzadas hacia esa «buena fe» que tú dices. Pero una buena fe a «secas», sin sorpresa. Buscaba un sincero sí o no, como Cristo nos enseña. Para ello, como comprenderás, había que evitar la excesiva prudencia, doblez o desconfianza del encuestado, que pudiera enviciar las respuestas, y, con ello, haber fracasado en mi intento: dar en el blanco.

¿Cuál? Obtener los datos precisos, fiables y objetivos.

¿Para qué? Muy sencillo. Para que, en un segundo tiempo, recogidos y seleccionados los datos, pueda realizar un «juego limpio» de múltiples correlaciones, ateniéndome siempre y con todo rigor a la técnica y métodos científicos adecuados.

¿Resultado final? Conocer la situación actual, con la máxima objetividad y certeza posible, del catolicismo de la ciudad.

—*Antes de seguir adelante con el asunto de la encuesta, ¿tendría inconveniente, haciendo gala de su estilo personal, en «autobiografiarse»?*

—Que si tengo algún inconveniente... ¡Qué cosas dices! La materia... Sí, la materia que se resiste. Además, en las artes plásticas no he pasado de simple aficionado; todavía me encuentro muy lejos de esa «rara perfección» cuyo secreto «Narciso» arrancara a las aguas. Sin embargo, y perdona mi incompetencia, ahí te mando unas cuantas pinceladas (algo así como arte abstracto), sin contraluces ni claros-oscuros; digo que ahí te van esas pinceladas, por si en algo puedo complacerte:

Terminada la carrera sacerdotal, me destinaron al monte de El Pardo (colegio). Contemplación, docencia y respirar los aires puros de la sierra del Guadarrama, con alguna que otra escapada al suburbio de Madrid. Eso era todo. Apenas transcurrido un año, saltaba a la costa. Estamos en Santander. Como por arte de magia, de la noche a la mañana, me vi convertido en un pequeño empresario. (A título de confianza, te diré que jamás había soñado cosa parecida.) Hecho el balance y saldadas las cuentas del año, recibía lo que nosotros llamamos, en nuestro argot conventual, «la obediencia». Ahora venía a caer entre el monte y la playa, cerca de la ciudad, en el suburbio de Madrid. Era un sueño y, al mismo tiempo, una realidad. Parecía haber

—*“No solamente creo en la eficacia de la sociología, sino que la experiencia nos muestra su necesidad como instrumento, cada vez más imprescindible, para diagnosticar la situación real de la sociedad”*

encontrado mi razón de ser franciscano-sacerdotal: los pobres y su evangelización. Cinco años en la brecha, siempre entre llamas, sin regateo al esfuerzo ni miedo a la batalla. Ha-